

**Familia Dominicana**  
**Movimiento Juvenil Dominicano – Colombia**

*Formación de camino a la Asamblea 2020*

1

Nacimos para predicar  
*nuestra tradición apostólica*

Empecemos este camino delineando algunos aspectos esenciales de la vida dominicana, de las raíces de nuestra espiritualidad, con el fin de dar sentido a todo lo que es y hace un dominico, sea laico, fraile, religiosa o monja contemplativa. Al empezar una carrera atlética, por ejemplo, el deportista debe saber de antemano cuál es su meta, primero, para decidir si está dispuesto a esforzarse para llegar, si sus fuerzas le pueden llevar hasta allá y, segundo, para asegurar que su camino sea el adecuado para llegar. De manera que en esta oportunidad nos detendremos a fijar el fin remoto de la Orden de Predicadores a la que pertenece el Movimiento Juvenil Dominicano.

1. Historia<sup>1</sup>. ¿En qué contexto nace la Orden de Predicadores? Tolosa y los herejes.

Domingo de Guzmán (1170-1220), un hombre español, estudioso y contemplativo, es un clérigo (sacerdote) que, por sus cualidades de prudencia, sensibilidad espiritual y agudeza intelectual, es destinado entre muchas tareas pastorales, a ciertas de carácter diplomático. En su viaje a Las Marcas, hace un paso ligero por el sur de Francia, en donde Montpellier y Tolosa le conquistan el corazón no tanto por su belleza arquitectónica como por su pobreza espiritual. Cundidas de grupos religiosos extremistas, como los albigenses (valdenses y cátaros), Domingo queda sorprendido y evangélicamente inquieto. Su corazón de pastor le abre los ojos a una nueva y lamentable realidad que le concentraría todos sus esfuerzos y le potenciaría toda su sabia creatividad desde ese momento hasta el día de su muerte.

¿Quiénes eran los albigenses? Grupos de hombres que anunciaban la radicalidad del Evangelio (pero no de la Biblia) con una visible pureza de costumbres, algunos convencidos y otros a penas militantes, herederos de los gnósticos y, por tanto, reticentes a cualquier rasgo de la pasión de Jesucristo. Ni la cruz ni los sacramentos aceptaban. Su dualismo entre el bien y el mal contrañía el mundo y lo bueno. En otras palabras, el dios malo era todo lo material (cuerpo humano, mundo, naturaleza) y el dios bueno era la propuesta de una parte del Evangelio (lo angélico, el rechazo de la materialidad, la muerte como liberación de este mundo encarcelado). En estas ideas Jesucristo era para ellos sólo un maestro, pero no el Redentor, porque la cruz era maldición y su sufrimiento pura apariencia.

¿Qué le afectaba particularmente a Santo Domingo de Guzmán de estos grupos? En primer lugar, el engaño en el que se encontraban sus seguidores. Él mismo tuvo la ocasión de hablar toda una noche con un albigense en Tolosa, de manera que conocía de primera mano **las mentiras** que estas teorías religiosas encubrían. En segundo lugar, si esas mentiras ponían el misterio redentor de Cristo en duda (su cruz y sus sacramentos) entonces ¿qué medios ahora tendrían ellos para alcanzar la Salvación ofrecida por Dios? La mentira los alejaba de la única verdad que a un cristiano puede salvarle, que Dios ha tomado carne humana para sacarlo del fango del pecado y reconciliarlo definitivamente a través de la cruz. Dicho más claramente, si no se opta por la vida otorgada por Dios, se camina hacia **la condenación**. Esto compungía profundamente el corazón de Santo Domingo. Y, en tercer lugar, el poder de convencimiento de estos grupos radicaba en su estilo visible de vida: **pobres y en comunidad**. No sólo anunciaban con sus palabras el ejemplo de Cristo, pobre con los pobres, sino que ellos mismos lo vivían unánimemente, como uno solo. Esto atraía más y conquistaba, como un ejército, más fácilmente las almas.

---

<sup>1</sup> Los dos primeros puntos de esta formación están inspirados y pueden encontrar ampliaciones importantes en Vicaire, H. (2003). *Historia de Santo Domingo*. Madrid: EDIBESA

2. Historia. ¿Cuál fue la respuesta de Domingo de Guzmán? *Verdad, Comunidad y Salvación de las Almas*.

La situación que interpeló a Domingo sacó de él su creatividad apostólica, por supuesto siempre iluminado por el Espíritu Santo. Se dispuso, entonces, a procurar la salvación de aquellas almas, predicándoles la Verdad del Evangelio, encarnado en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, con el testimonio de una comunión sólida de hermanos, visible y unánimes en Dios. Vemos claramente entonces que ante la condenación, la mentira y la confianza que inspiraba el modo de vida común de esos hombres, Santo Domingo de Guzmán se dispuso responder con sus contrarios: una *comunidad* de hombres que impregnados y conocedores de la *verdad del Evangelio*, de Jesucristo, se dedicaran exclusivamente a *predicar para la salvación de las almas*.

Dado que una tarea de tal envergadura empeñaría una vida entera, Santo Domingo tendría que proponer un modo de vivir, es decir, que quien decida comprometerse en esta empresa tenga ante sí el mejor camino para cumplir la meta: salvar almas mediante la predicación. Así que ¿Cuál era el modo de vida ejemplar para que sus futuros hijos llegaran a cumplir fielmente la razón para lo que se les había llamado? La respuesta está en Hch 2,42-47 “*Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común... todos unidos celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios en alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando*” Santo Domingo quiso que los predicadores inspiraran su vida en la de los Apóstoles<sup>2</sup>. Por eso somos apostólicos, porque nuestra vida tiene su imagen original en la de los Apóstoles.

3. Carisma. ¿Qué podemos concluir para nuestra Familia Dominicana? ¿Para los jóvenes dominicos?

- a. El fin remoto de la Orden de Predicadores es *la Salvación de los demás mediante la predicación*. Para esto fuimos dados a luz en la Iglesia, e inclusive le recordamos a ella su misión esencial: “id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). Lo de *Iglesia en salida* del Papa Francisco, es ya esencial en el carisma de los predicadores, cada uno según su opción dentro de la Familia Dominicana, unos frailes, otras religiosas, otras monjas u otros laicos.

¿Salvar de qué? Fundamentalmente de la mentira que engendra el pecado, es la que más hace daño personal y comunitariamente. Pero, de otro lado, también de todo aquello que impida que la vida de Cristo se pueda transparentar en el mundo (condiciones sociales o económicas). Este sería el criterio para el modo de vida de nuestras comunidades. Traicionar esto nos lleva a ubicarnos en cosas pasajeras, en mirarnos demasiado a nosotros mismos y engendrar divisiones inútiles que impiden la eficacia en este fin remoto de la Orden.

- b. Para llegar a esa meta con habilidad y fuerza, necesitamos ser conscientes de que el mensaje central es *el Evangelio, La Palabra de Dios*, encarnada en Jesucristo y manifestada en la Sagrada Escritura. De aquí proviene nuestro amor a *La Verdad*, con ella podemos mejor ejercer nuestra misión. Por eso nuestro lema es: VERITAS<sup>3</sup>. Y puesto que Ella es una persona y no un concepto, hemos primero de conquistarla en un encuentro personal con Cristo, y, en segundo lugar, estudiarla disciplinadamente en todo aquello que me permita transmitir ese definitivo y primer encuentro. Ambas acciones son de por sí contemplativas.

---

<sup>2</sup> Cf. González Fuente, A. (1994). *El Carisma de la Vida Dominicana*. 87. Salamanca: EDIBESA

<sup>3</sup> Hay dos apartados importantísimos sobre este tema en: Turcotte, O.P., D. (1961). *El ideal dominicano*. 40-45.126-137. Medellín: BEDOUT

Así que el joven dominicano ha de ser un contemplativo para que, apasionado, busque en todas las cosas la verdad y haga de su vida un tributo a ella.

- c. La *comunidad de vida*, sería otra estrategia eficaz para aquel fin de salvar las almas. La voz de un solo predicador es valiosa, pero en la mayoría de casos con muy pocos frutos. Así como los albigenses eran efectivos en su palabra por su modo común y unánime de vida, era necesario todo un ejército de predicadores que, anclados en La Verdad, y con el firme propósito de salvar al prójimo, vivieran y testimoniaran lo que anunciaban. Aunque este será el tema siguiente en esta serie de formaciones, podemos introducirlo con algunos puntos ligeros.

La unanimidad se manifiesta en tender a un mismo objetivo y vivir en la claridad de luchar por una sola conquista. Para esto hace falta un diálogo sincero que nos aleje de los posibles caprichos individuales y nos ponga en ruta hacia un fin común, hacia el bien común. Aquí encuentra sentido adquirir madurez para obedecernos unos a otros, y discernir quién pueda representar entre nosotros el vínculo de la unidad en cada comunidad (animador, coordinador, prior, superiora, etc). Olvidar esto, nos hace ineficaces para nuestra misión y rebaja la fuerza de nuestra palabra para salvar a otros jóvenes. Si renunciamos a luchar por mantenernos unánimes en la diversidad, las divisiones internas desangrarán nuestras comunidades y nos desproveerán del sentido por el que hemos decidido hacer parte de la Orden de Predicadores.

Así pues, nos damos cuenta de que nuestro estilo de vida, delineado aquí mínimamente, nos pone retos muy encumbrados, precisamente porque nuestra misión se eleva a la mismísima voluntad de Dios: “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (I Timoteo 2,4). Cada uno de ustedes ha sido llamado a esta vocación dominicana en tanto laico y, específicamente, como joven predicador, y aunque no necesariamente quiere decir que ya haya adquirido, en rigor, tal modo de vida, un miembro de la Familia Dominicana tendrá siempre delante dos caminos: honrar su identidad siendo fiel al carisma de la predicación, aunque le exija esfuerzo diario, o traicionarse a sí mismo olvidándose de la grandeza de la propuesta de Domingo de Guzmán.

Fr. Raúl GÓMEZ SÁNCHEZ, O.P.